

18.º CONGRESO NACIONAL DEL PARTIDO COMUNISTA
ITALIANO ¹

Roma, 18-22 de marzo de 1989

«EL NUEVO PCI EN ITALIA Y EN EUROPA. ES EL TIEMPO DE LA
ALTERNATIVA»

Ponencia de ACHILE OCCHETTO, Secretario General del PCI (extracto) *

I: Los nuevos desafíos a la supervivencia del género humano a nivel planetario. Riqueza y pobreza en relación a la distribución de la Naturaleza. De la coexistencia entre sistemas diversos a la conciencia de la interdependencia mundial

Queridas compañeras y queridos compañeros:

No debe asombrar el hecho de que esta ponencia al Congreso de un partido, que es parte de un gran movimiento de emancipación animado por una profunda confianza en el desarrollo de la sociedad, se abra suscitando el tema de la posible extinción de la civilización humana.

Y sin embargo, si abarcamos con nuestra mirada los grandes procesos en curso, los complejos e inquietantes dilemas globales que pesan sobre nuestro planeta, percibimos que tal tema no sólo no puede ser eludido, sino que, al contrario, debe ser colocado en el centro de la atención y de la acción política.

¹ El PCI, con posterioridad a este Congreso, ha celebrado otro, en marzo de 1990, de «refundación», en el que ha suprimido la denominación «comunista». Ha iniciado un acercamiento a la Internacional Socialista y ha anunciado la celebración de otro Congreso que sea «constituyente» de la nueva fuerza política.

* Traducción: Pedro TENORIO.

Un análisis actualizado de los acontecimientos mundiales nos dice que en el horizonte de la humanidad ha aparecido, concretamente, el problema de su propia salvación. Y que todos sus esfuerzos deben concentrarse a fin de alcanzar este objetivo esencial. Es una cuestión que nosotros, comunistas italianos, fuimos los primeros en plantear ante el cambiado carácter de la guerra y la aparición del arma nuclear.

.....

... La conciencia de ello estaba destinada no sólo a modificar radicalmente las relaciones entre los Estados, sino, más en general, el conjunto de las relaciones humanas.

Hoy nos encontramos ante un nuevo salto cualitativo en lo que concierne a la cuestión de la supervivencia del género humano. Hoy, la responsabilidad por la supervivencia de la especie humana asume una envergadura más vasta, concierne al mismo uso pacífico de los medios tecnológicos, relaciona entre sí a todas las principales formas de vida asociada: la cantidad y calidad del desarrollo, el equilibrio ecológico, el crecimiento demográfico, los gastos militares.

Se viene así constituyendo un nuevo sistema de interdependencias, de proporciones tales y de correlaciones tan estrechas como para requerir una responsabilidad y una voluntad políticas radicalmente nuevas, una renovada determinación en el gobierno de todos los procesos a escala planetaria.

Todo esto comporta una acción común más allá de las diferencias entre Estados y sistemas y una lucha sobre el terreno económico y político que se coloca en un plano más alto, más universal de lo que ocurría en el pasado.

Se trata de una lucha que no anula las viejas divisiones sociales y de clase y que sin embargo las trasciende. No las anula porque los grandes interrogantes sobre el actual desarrollo mundial reenvían, a escala planetaria, a la división entre ricos y pobres, la trasciende porque hace de esa división algo que ya no se limita a la esfera económica y a las relaciones sociales, precisamente porque esa división confluye en un proceso más vasto, de dimensiones no previsibles hasta hace pocos años, en el cual convergen la historia humana y la evolución natural.

Se revela así ante nosotros una verdad sobrecogedora: la historia de los hombres, de sus miserias y de sus riquezas, implica y pone en juego la biosfera, los equilibrios ecológicos, la supervivencia del planeta.

En este sentido, viene al pensamiento el drama de los indígenas del Amazonas, las acciones de verdadero y propio genocidio a que son sometidos, y que son combinados con la destrucción sistemática de su am-

biente natural. Las perspectivas de los bosques fluviales de Amazonia son el símbolo más elocuente e inquietante de un problema de dimensiones planetarias, del que por tanto todos debemos sentirnos responsables: aceptar la erosión del suelo, la desertización, la extinción de especies animales y vegetales, la disminución de la capa de ozono y la acumulación de gas con efecto invernadero, significa prepararse para aceptar la catástrofe ecológica, social y humana.

El hombre ha conquistado el planeta, ya no existen «nuevas fronteras», ahora sin embargo ha de demostrar saberlo conservar, si se quiere conservar a sí mismo. Reaparece así, en un pasaje crucial de nuestra historia, todo el valor de aquella afirmación de Marx, según la cual «la sociedad es la unidad esencial, llegada a su propia plenitud, del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, la naturalidad plena del hombre y el humanismo pleno de la naturaleza». Se trata, sin embargo, debemos saberlo, de una afirmación, y de un objetivo, ampliamente descuidado por la tradición marxista y por la misma experiencia política socialista.

Aquí se puede enlazar con una contribución insustituible que el pensamiento de las mujeres ofrece al proceso de liberación humana. Dicho pensamiento, en efecto, reafirma el valor de la consciencia del límite. Y la consciencia del límite encierra la idea de que el individuo se realiza en la solidaridad con la especie y en la convivencia, más que en el dominio sobre la naturaleza y sobre los demás. Conduce a valorar las diferencias, comenzando por la del sexo y a percibir una dimensión profunda de la «socialidad», como necesidad intrínseca del individuo.

Todos los estudios más recientes nos dicen que el ambiente no es una esfera indiferente a las acciones y a las ambiciones humanas. Y como ha afirmado la presidente de la Comisión Mundial para el Ambiente y el Desarrollo, Gro Harlem Brundtland, las decisiones tomadas por los países más industrializados en lo que se refiere al desarrollo, a causa de su gran poder tecnológico, económico y político, no pueden sino tener profundos efectos sobre la posibilidad de todos los pueblos de sostener el progreso humano, actualmente y en el curso de las generaciones futuras.

Es el modelo de desarrollo vigente, y la necesidad de crecientes recursos para alimentarlo, lo que arrastra también a los países pobres al despilfarro perverso de los bienes naturales. Los que son pobres y hambrientos, en efecto, para sobrevivir, acaban por destruir el ambiente en que viven: derriban bosques enteros, explotan sin criterios racionales las tierras para extraer de ellas los productos para vender a los países ricos, abarrotan megápolis cada vez más congestionadas. Es una gigantesca emigración que ya comienza a dirigirse también hacia el Norte del mundo.

La pobreza, por tanto, además de ser causa de graves sufrimientos para la mayor parte de la humanidad, se presenta cada vez más, como azote global. Con el pobre que está mal acaba por estar mal el conjunto

del planeta. Su dolor se convierte en el dolor de la naturaleza misma y de toda la humanidad. Por tanto, los pueblos más ricos, aunque sea sobre la base de un puro cálculo egoísta, podrán desinteresarse cada vez menos de los pueblos más pobres.

Es ésta, como se ve, una gran novedad: nos dice que también en el actuar a favor de los últimos, de los que sufren, se pasa, se debe pasar, de la solidaridad a la conciencia de la interdependencia. Hay más. Toda la manera de concebir la modernidad y lo moderno se hace distinta, dejando entrever la gran inquietud de nuestro tiempo. Emerge, con una claridad incluso aterradora, la relación entre modernización y catástrofe. Afloran dilemas de fondo sobre los caracteres del desarrollo en nuestra época.

Los últimos análisis de los procesos mundiales representan la crítica más elocuente de las visiones apologéticas de la modernización. Recordemos la burla, en una Italia miope e incrédula, respecto de dos ideas de Berlinguer: «austeridad», «gobierno mundial». Hoy nadie puede negar que Berlinguer divisaba lo lejano.

No seremos nosotros ciertamente quienes desconozcamos los grandiosos resultados alcanzados a través del modelo de desarrollo industrial, porque una fuerza reformadora como la nuestra sabe muy bien, entre otras razones por haber combatido duras luchas contra el atraso, que no habría existido efectivo progreso, no se habría podido responder a los problemas planteados por la humanidad durante toda una fase histórica, si no hubiese existido aquel desarrollo. Pero hoy la situación del planeta nos dice que esos mismos éxitos y procesos positivos han originado también consecuencias negativas que son ya insoportables para el planeta y sus habitantes. Y en el centro de este drama, se colocan las relaciones entre Norte y Sur del mundo.

«Por lo que se refiere al desarrollo en términos absolutos —leemos en el informe de la Comisión Mundial para el Ambiente y el Desarrollo— hoy en el mundo los hambrientos son más numerosos de lo que hayan sido nunca, y su cantidad está creciendo; lo mismo se puede decir de los que no saben ni leer, ni escribir, de los que no disponen de agua potable, ni de viviendas sanas y seguras, así como de los que poseen escasas cantidades de combustible leñoso con el que cocinar y calentarse».

II. Una idea de la seguridad que va más allá de la cuestión de la paz y de la guerra

El hiato entre naciones ricas y naciones pobres se está ensanchando más que estrecharse. Y hay un dato que puede tener tantos efectos destructivos como el estallido de una bomba atómica, aunque no nos venga de la muerte sino de la vida: según las previsiones de la ONU, en el curso

del siglo próximo, podría crecer otra humanidad, tan numerosa aproximadamente como la actual.

En tal situación, pues, y ante este salto cualitativo de la lucha por la salvación del género humano, el problema de la seguridad cobra dimensiones que revisten el conjunto de las actividades humanas. Precisamente, por esto se impone un nuevo concepto de seguridad que comprende y va más allá de la cuestión de la paz y de la guerra.

Esencial es el factor tiempo. En efecto, una vez que la temperatura terrestre hubiese aumentado, sería prácticamente imposible hacerla disminuir.

Pero, ¿cuáles son entonces las estrategias y las opciones esenciales para garantizar lo que he llamado nueva seguridad mundial?

Sigue siendo prioritaria la cuestión de los armamentos. Porque los mismos recursos indispensables para detener el deterioro físico del planeta y para consentir, al mismo tiempo, un desarrollo humanamente aceptable y sostenible, podrán resultar inaccesibles si no se detiene establemente la carrera internacional de armamentos. El valor y la lucha por el desarme, por tanto, no se refiere ya sólo a la necesidad crucial de alejarse del loco riesgo de una conflagración mundial. Dicha lucha puede permitir evitar otras desgracias, otras catástrofes.

Algo comienza a moverse en la dirección adecuada.

En estos últimos años, se han dado algunos primeros pasos en la vía del desarme. Esto es un dato de grandísima importancia, que nos dice que es posible invertir la tendencia. Ha habido un acuerdo para la eliminación de los misiles de medio y corto alcance de Europa. Se han emprendido negociaciones serias para la proscripción de las armas químicas y para la reducción (de nuevo) en nuestro Continente de las convencionales. Gorbachov, en su reciente discurso a la ONU, ha preanunciado iniciativas de desarme unilateral por parte de la URSS.

Es pues indispensable que ahora, de Occidente, lleguen respuestas correlativas y estimulantes. Es necesario que la nueva Administración americana no contradiga las opciones más recientes alcanzadas por los Estados Unidos y, antes al contrario, las refuerce. Y desde este punto de vista, estimamos que el encuentro entre Baker y Schevardnadze, en Viena, ha tenido un desenvolvimiento positivo.

Sería lamentable, en efecto, que volvieran a instaurarse planteamiento y cálculos de guerra fría. El diálogo, nuevas relaciones más constructivas y de cooperación entre Este y Oeste, entre los dos principales sistemas políticos, económicos y sociales de nuestro planeta, son absolutamente esenciales para gobernar el nuevo mundo de la interdependencia; un mundo que ya puede ser gobernado sólo a la luz de una concepción fundada en la idea de seguridad común, y de un pensamiento político que

se mueva en favor de la superación de la lógica de los bloques contrapuestos. Es por tanto de fundamental importancia que se empiece pronto a determinar y a recorrer las etapas que deberán conducirnos a la construcción de un nuevo orden mundial.

La primera de estas etapas debe ser la que nos conduce a afrontar pronto la cuestión de la deuda de los Países del Tercer Mundo. Los tiempos están maduros para iniciativas concretas en esta dirección, que permitan el máximo concurso de fuerzas internacionales. Saludamos con interés el hecho de que también el gobierno americano parece ya convencido de la necesidad de una nueva estrategia en este campo, y pedimos al gobierno italiano que defina propuestas innovadoras, con vistas a la sesión primavera del Fondo Monetario Internacional y de la Banca Mundial.

Son posibles también iniciativas para afrontar el problema ecológico. Y la misma lucha contra la droga no tendrá posibilidad de éxito sin un enfoque multilateral y una coordinación internacional. El tráfico de la droga, en efecto, se funde, a través de múltiples relaciones, con el tráfico de armas, con diversos designios políticos, y está gestionado por organizaciones que tienen ya estructura supranacional. Tenemos aquí al representante del partido comunista colombiano cuyos militantes y dirigentes son cotidianamente amenazados y matados por los narcotraficantes. Sí, la lucha contra la droga requiere gran tenacidad, gran generosidad, gran valor.

Derrotar a la droga, derrotar este otro azote global, debe ser una tarea, una misión de gobierno mundial.

Estamos convencidos de que hay que comenzar a moverse, en todos los terrenos, con la óptica del gobierno mundial, y en esta perspectiva bastante importante está la función que puede desarrollar la ONU. Estamos de acuerdo, por tanto, con la declaración final de los trabajos de la Comisión Mundial para el Ambiente y el Desarrollo, la declaración de Tokio, en la que se afirma que la posibilidad de construir un futuro próspero, justo y seguro depende de todos los países, que deben hacer suyo el objetivo del «desarrollo sostenible», entendido como un modo de concebir el progreso que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer, para las generaciones futuras, la posibilidad de satisfacer las suyas; y consideramos que hace falta comprometerse a que todas las naciones del mundo, empezando por la nuestra, adopten los principios de esa declaración.

Asimismo, el compromiso de adecuar cualquier aspecto de nuestro programa relacionado con el desarrollo económico y social a las indicaciones del informe de la Comisión Mundial para el Ambiente y el Desarrollo, instituida por la ONU. Y trabajaremos para que tales indicaciones inspiren un programa de gobierno para la alternativa.

Los desafíos globales de nuestro tiempo requieren, pues, antes que cualquier otra cosa, enfoques con amplia perspectiva. No se puede renunciar al desarrollo económico y tecnológico. Hoy esto significaría renunciar

al hombre mismo. Hace falta gobernar ese desarrollo. Y no puede ser gobernado con los romanticismos, con los retornos a la naturaleza, que reducen la política a pensamiento abstracto y a fragmento, renunciando a medirse con las interdependencias de que hemos hablado.

Es mérito indudable de la compleja constelación de los movimientos verdes y ecologistas haber contribuido a crear en la conciencia colectiva una aguda sensibilidad hacia los problemas del ambiente. Los análisis de los componentes científicos del pensamiento ecológico vienen a demostrar, sin embargo, que el verde, si no es también rojo, es una ilusión.

III. La nueva identidad se construye a partir de los dilemas globales de nuestro tiempo

Las interdependencias, las grandes contradicciones de nuestra época, llevan consigo la más radical de las críticas al dominio de los automatismos de mercado, a una economía fundada en la lucha de todos contra todos, al individualismo ciego y egoísta.

Resulta cada vez más claro que los que miran sólo al pasado, replanteando constantemente polémicas propias de una época histórica superada, se resisten a comprender que la envergadura de la tarea nueva que tenemos delante, la exigencia de dar respuesta a las grandes cuestiones globales, plantea problemas globales al conjunto de las fuerzas reformadoras.

Estamos convencidos de que la ecología, los nuevos problemas globales, se presentan como la más clamorosa confirmación de la validez de los principios originarios que han guiado al movimiento socialista. Y que es en contacto con estos desafíos, con los problemas de nuestro tiempo, como el movimiento socialista se encuentra a sí mismo, en su identidad actual.

Ciertamente, ya no son válidas las viejas recetas. Esto está demostrado por el hecho de que no es verdaderamente resolutivo un cambio de las formas de propiedad en el interior del viejo sistema industrial, y de que las exigencias de la equidad imponen políticas redistributivas de los recursos y poderes y no ya la eliminación de las bases para la acumulación.

El proceso de acumulación es lo que debe ser gobernado.

La necesidad misma de determinar un desarrollo sostenible, impone que la búsqueda del beneficio no sea el único fin de la producción. Y si el mercado constituye una unidad de medida para la eficiencia de todo el sistema económico y su insustituible factor propulsivo del mismo, la fuerza del socialismo reside en la capacidad de indicar al mercado finalidades que no surgen de sus mecanismos.

Reaparece así la prioridad de la decisión democrática, de la reappropriación democrática de los fines de la producción y del desarrollo. Los gobernantes necesitan estimaciones generales, cálculos, previsiones por parte del mundo de la ciencia. Todas las capacidades científicas y técnicas deben entrar de maneras nuevas en el circuito de la decisión económica y política.

Democracia, competencia, decisión, control: sobre estas bases se puede realizar una nueva organización del desarrollo. La fuerza titánica de la ciencia y de la tecnología, las extraordinarias conquistas de la civilización humana, apasionante resultado de la creatividad de nuestra especie, pueden no sólo destruir, sino también salvar a la humanidad. Pero la inquietud ante los resultados del desarrollo, de un cierto tipo de desarrollo, es el único recurso racional que no debemos temer utilizar excesivamente.

Si estamos hoy obligados a preguntarnos durante cuántos decenios podrá la Tierra todavía alojar a nuestra especie si no cambian cultura, técnicas, comportamientos, poderes, ello depende del actual tipo de desarrollo, y este problema concierne tanto al mundo occidental como al oriental, y, como hemos visto, también a los países más retrasados y pobres.

Todo esto, debemos saberlo, deriva del hecho de que el modelo determinante de dominio y explotación de los recursos humanos y naturales ha sido el elaborado históricamente por el capitalismo, que se ha expresado en el liberalismo, en cuanto forma más homogénea y afín a aquél, pero también en el colectivismo burocrático.

El capitalismo mismo ha conocido diversas transformaciones en el curso del tiempo, y sigue siendo un hecho, como he dicho, que no se puede renunciar al proceso mismo de acumulación. Hace falta, sin embargo, organizar tal proceso, con formas radicalmente nuevas. Se vuelve decisiva la calidad y no sólo la cantidad del desarrollo. Por ello, estamos ante la necesidad de proporcionar respuestas nuevas que van más allá de los modelos ya dados.

De esto discutimos y no de abstractas opciones entre primera, segunda y tercera vía, todas enmarcadas en un asfíxico y retrasado debate ideológico según el cual, todo se reduciría al paso de una tradición a otra. La que buscamos es la vía adecuada para afrontar los problemas inéditos de nuestra época en la dirección de una transformación profunda de todas las sociedades, tanto del Este como del Oeste.

Aquí, en Occidente, la tarea fundamental es la de definir nuevas reglas, nuevos proyectos democráticamente estables y enderezados a orientar el mercado con finalidades humanas y ecológicas, hacia un desarrollo sostenible.

En Oriente, la introducción de formas de mercado, acompañadas por una democratización de la decisión económica, además de la del sistema

político, puede aumentar la deficiencia y consentir un mayor respeto de las necesidades de los particulares y del equilibrio ambiental.

Estamos por ello de acuerdo: ni individualismo capitalista ni colectivismo burocrático.

Compartimos cuanto se lee en la Encíclica «Sollicitudo rei socialis»: «La tensión entre Oriente y Occidente no entraña en sí una oposición entre dos diversos grados de desarrollo, sino más bien, entre dos concepciones del desarrollo mismo de los hombres y de los pueblos, ambas imperfectas y necesitadas de una radical corrección».

Así como compartimos cuanto ha dicho recientemente Gorbachov: «La economía mundial se convierte cada vez más en un único organismo, fuera del cual ningún Estado, sea cual sea el sistema social al que pertenece, y sea cual sea su nivel económico, puede desarrollarse normalmente. Esto sitúa en el orden del día la elaboración de un mecanismo radicalmente nuevo para el funcionamiento de la economía mundial».

En esta longitud de onda se mueve la reelaboración crítica y la nueva investigación no sólo de gran parte de las fuerzas socialistas y democráticas, sino también el nuevo pensamiento liberal de matriz anglosajona. En este sentido, estamos de acuerdo con la Encíclica papal también en cuanto afirma la superación de cualquier forma de imperialismo, que es la proyección de una competición de Estados no sometida a regla.

La misma idea de Estado entendida de modo nacionalista, declina, mientras comienza a afirmarse entre los pueblos la idea de que es necesario construir una comunidad internacional más fuerte y solidaria. Se impone una reforma de la política a nivel mundial, reformas institucionales de amplias perspectivas, que permitan mayor capacidad de decisión y de control democrático.

Es la cultura política de toda una época lo que está en discusión. Hoy está mal quien no está en crisis ante este problema, quien, no advirtiendo la fiebre, no es consciente de la enfermedad que lo corroe.

Pero si a los partidos, a las fuerzas, a los hombres que asumen a su cargo con orgullo la tarea y diría la misión, de hacer prevalecer aquel interés general, no se les sitúa en condiciones de realizar sus objetivos, de gobernar los procesos en curso y futuros, su derrota no será más que una derrota general, una áspera pérdida para el porvenir de la humanidad. Aquí, en este terreno, se coloca, se redefine y se relanza nuestra función histórica.

La política está hoy llamada a constituir nuevas relaciones, nuevas solidaridades, nuevas orientaciones comunes. Son las ideas de la política las que deben dar sentido al movimiento de las cosas, al movimiento de los intereses sociales. Esto quiere decir también que la nueva política no

es imaginable sino como proceso democrático, sino como progresiva democratización integral de nuestras sociedades.

Ningún poder deberá estar sustraído al control y a la regla democrática. Ésta es una de nuestras más enraizadas convicciones que cualifica toda nuestra actual reflexión congresual. Por esto, hemos puesto en el centro de tal reflexión la convicción, según la cual, la democracia debe desarrollarse en profundidad, permeando la vida económica y social de cualquier pueblo, y en extensión, regulando las relaciones entre los Estados, animando nuevas instituciones supranacionales.

Consideramos que sólo evolucionando en esta dirección se pueden evitar los efectos negativos e incluso devastadores del individualismo capitalista, sin por ello abrazar la idea de que la solución pueda encontrarse en alguna forma de mando administrativo y burocrático. Y cuando se habla de democracia, se debe tener muy claro que ella significa definición y respeto de reglas y procedimientos, que esto es un dato esencial de la democracia, que el valor universal de la democracia concierne precisamente también a sus reglas y sus instituciones; al mismo tiempo, debe estar claro que el proceso de democratización se puede realizar plenamente si es empujado hacia adelante por fuertes ideas socialistas, precisamente porque son éstas las que permiten ir más allá de los modelos existentes y de responder positivamente a las nuevas necesidades de la humanidad.

He aquí por qué, y en qué sentido, hablamos nosotros de la democracia como vía del socialismo.

IV. Construir la Europa de la democracia. La confrontación programática y la unidad de las fuerzas de izquierda y reformadoras

El primer campo de actuación de este planteamiento político nuestro es Europa, la Europa unida que debemos construir. Como afirmamos en nuestro documento, Europa debe convertirse en —y podemos decir que es ya— nuestro horizonte cultural y político. Y nuestro empeño es el de construir una Europa unida, democrática, una Europa de los ciudadanos europeos.

La nuestra es una opción europeísta muy precisa y bien determinada en sus líneas de fondo; algo profundamente distinto de ese genérico europeísmo, en el que parece que haya acuerdo de todos. Estamos por una Europa políticamente fuerte y unitaria, por una Europa ecológica y del espacio social. Y para que estos objetivos efectivamente se realicen, hacen falta opciones definidas y serán necesarias muchas batallas políticas.

A medida que nos acercamos al momento del Mercado único, crecen —como ha subrayado recientemente Delors— resistencias de todo tipo. Y

la batalla europeísta deberá ser conducida ya en Italia donde las actuales fuerzas de gobierno, con una relevante dosis de irresponsabilidad, están conduciendo a nuestro país a la cita del 92 en condiciones gravemente inadecuadas.

La deuda pública, el sistema fiscal, la degradación de los servicios y de la escuela, la ineficiencia y la corrupción de la máquina estatal... Y el sur que todo condensa y agrava. Nosotros y todo el país llamamos la atención sobre esto a las fuerzas de gobierno. Luchar contra todo esto, poner las bases para una política de alternativa y de renacimiento reformador es la primera tarea nuestra y de una izquierda italiana que quiera ser de verdad izquierda europea.

La otra tarea fundamental de la izquierda italiana y europea es la de promover y contribuir a la construcción de una Europa que sea de verdad la Europa de la democracia. Hemos dicho ya, y repetimos, que no sólo somos favorables, sino que somos autores del mercado único europeo; al mismo tiempo advertimos que el mercado, y también el nuevo mercado europeo, no puede sin embargo ser un campo de competición sin árbitro, en el que se asuman grandes poderes y decisiones por grupos limitados de industriales, hombres de finanzas, políticos, fuera de claros vínculos de control democrático.

La cuestión de fondo es entonces la del poder político. Del poder democrático. Es necesario un gobierno democrático del proceso de integración que afronte los problemas de la cohesión económica y social, la superación y no la agravación de los desequilibrios de las economías. Esto significa que se deben ante todo reforzar los poderes del Parlamento europeo.

Pero no basta. Un Parlamento existe efectivamente y funciona si se enlaza con un poder ejecutivo, y con otras instituciones de gobierno de los procesos productivos, financieros y sociales. La misma idea del espacio social europeo no debe resultar una palabra retórica. Debe ser una idea que comprometa a la definición de reglas comunes y de derechos de ciudadanía universalmente reconocidos en lo que concierne al trabajo, la información, la formación, la salud, la organización sindical, la igualdad de oportunidades. Todo ello es indispensable si no se quiere que los impulsos hacia una concurrencia transnacional en el campo económico se traduzcan en una compresión de los derechos de los trabajadores y de los ciudadanos.

En Bruselas no deben contar sólo los *lobbies* de las grandes empresas, debe afirmarse un nuevo pluralismo y una nueva participación social, deben contar los sindicatos europeos, las asociaciones de las mujeres, de los jóvenes, de los trabajadores autónomos, las cooperativas.

He aquí, pues, nuestras tareas, las tareas de todas las fuerzas de izquierda y de progreso europeas.

Nuestras posiciones sobre Europa, ante la perspectiva de una Europa unida, nos hacen hablar de **una vía europea del socialismo**. Y es precisamente en este marco en el que consideramos que es necesario realizar una mayor unidad de todas las fuerzas de izquierda y de progreso sobre la base de una clara opción europeísta. La formación de una nueva entidad geopolítica, como es la Europa comunitaria, requiere este proceso de unificación, de acercamiento sobre bases programáticas claras y a la vista de los objetivos a perseguir en el Parlamento europeo.

Ninguna dificultad, ninguna polémica nos hará desviarnos de esta intención, porque será la historia misma de la unificación europea la que quite de enmedio angustias propias de mentalidades particularistas y competitivas. Nos encontramos ante una nueva cita de la historia. Todos nos estamos volviendo hacia un atisbo, al cual no ha llegado todavía nadie y al que nadie puede pretender ostentar. No hay examinadores y examinados. Todos tenemos que hacer todavía nuestra parte. Precisamente por esto afirmamos con serenidad y firmeza que se trata de un proceso que requiere una transformación de todas las fuerzas en presencia.

Han desaparecido definitivamente las razones de viejas divisiones del pasado. Todo el campo programático y teórico de la izquierda europea está en movimiento. La misma discusión con los partidos socialistas europeos sobre el programa electoral, propuesta por nosotros, y sostenida hasta cierto punto por los socialistas italianos, era y sigue siendo una idea sería precisamente porque quiere partir de una confrontación programática. Esa propuesta indica cuál es el camino a recorrer: claridad sobre los valores, sobre los ideales y sobre los programas en el marco de la plena afirmación de la democracia como método, como fin y valor universal, y en el pleno respeto de la autonomía y de la dignidad de cualquier fuerza en presencia.

V. La integración en la Comunidad Europea y los procesos de reforma y de democratización de la URSS y de los países del Este

Que estamos seriamente comprometidos a proporcionar respuestas nuevas en sintonía, lo hemos podido constatar también en nuestros recientes encuentros a nivel europeo —con desarrollos, revisiones y reelaboraciones que son conducidas por los mismos partidos socialistas y socialdemócratas europeos. Y en esta línea, es buena señal, están avanzando mucho también las organizaciones juveniles de los partidos de la izquierda europea. *Creo que se puede decir, deseo que se pueda decir, lucho porque se pueda decir que es posible construir la izquierda que mira al 2000. Una izquierda para la alternativa democrática y reformadora europea. Una alternativa que se consolide y que, a su vez, promueva y acelere el proceso*

de plena integración de la Comunidad europea, una política que tenga como perspectiva la de una futura, más amplia casa común europea.

Hemos discutido de ello también a nivel internacional, con partidos socialistas, socialdemócratas y también, si se me permite, con el mismo Gorbachov. Y puedo decir que es ampliamente compartida una idea dinámica, abierta del proceso de integración europea. Un proceso que permita el reforzamiento de la paz y de la seguridad en Europa y formas más incisivas de cooperación económica y política entre Este y Oeste. Un proceso que no debe excluir a nadie; y creo que es de gran relevancia internacional cuanto hemos conseguido en el encuentro con Gorbachov: que el interés de la URSS por Europa occidental no está enderezado a crear una división, una cuña entre Europa y países influyentes como los Estados Unidos y Canadá, que tienen tan estrechos vínculos, culturales, económicos y políticos con Europa.

Un mensaje importante que, por el contrario, se ha preferido ocultar en un provincianismo chismoso y envilecedor.

Este mismo recorrido de integración europea, bien definida en sus contornos pero abierta, puede abrir perspectivas de extraordinaria importancia en las relaciones entre Norte y Sur del mundo. Un recorrido que ve a Europa interesada en otros procesos de integración regional, a partir de los posibles en el área del Mediterráneo. Estamos de acuerdo al respecto, con lo que ha dicho Brandt en su discurso en el último Congreso del SPD: «Como elemento de orden para la colaboración internacional se impone el principio regional. No sólo en Europa convienen uniones regionales. También para otras partes del mundo representan una oportunidad para explotar las ventajas de una división del trabajo en un territorio amplio, para agrupar el potencial tecnológico y para mejorar la propia fuerza contractual en el mercado mundial».

Ciertamente sabemos que, aquí, en Europa, y en el mundo, nuestro desarrollo se afirmará durante un tiempo no previsible a través de la competencia entre diversos sistemas económicos, culturales, políticos y de defensa. Este es nuestro punto de partida y nuestro campo de acción.

La posición del PCI sobre tales cuestiones es bien clara. Y nítido es en particular el compromiso del PCI para operar en el ámbito del sistema de alianzas de Italia y a propugnar —en materia de política exterior y de seguridad— propuestas para sostener en el interior de la NATO. Es decisivo, sin embargo, que en esta competición entre diversos sistemas el intercambio prevalezca sobre la contraposición, y que la competición misma esté orientada más que a la afirmación de la superioridad de uno de los sistemas sobre el otro, a la individualización de las vías de un desarrollo abierto al interés general, a la búsqueda de las soluciones a los problemas globales. Desde hoy, es necesario trabajar teniendo en mente esta perspectiva.

Si ya no se puede hablar de un movimiento comunista internacional, si la postura de los partidos socialistas y socialdemócratas ya no puede ligarse al clima y a los esquemas determinados por la escisión de la II Internacional, hacen falta procesos de innovación y de revisión orientados a reorganizar todas las fuerzas en presencia.

Esto no puede conseguirse sino a través de un autónomo proceso de democratización de cada sistema, no puede conseguirse sino sobre la base del reconocimiento de la democracia como valor universal. La democracia, nacida con la violencia contra la violencia de la vieja sociedad, puede ya abrir, realizándose plenamente a sí misma, la era de la no violencia, de las grandes revoluciones no violentas, como la femenina y la ambiental, de la igualdad y de la libertad, la era de una nueva solidaridad y de la paz entre los hombres y entre los pueblos.

Cuando el mismo Gorbachov, en su reciente discurso a la ONU, afirma la necesidad de un «nuevo pensamiento», que sea «distinto de lo que era al comienzo y a la mitad de este siglo», cuando dice que es ingenuo pensar en resolver los problemas de hoy con los métodos que fueron aplicados en el pasado, que las dos revoluciones de 1789 y 1917 han cambiado el curso de los acontecimientos mundiales con su excepcional impacto, pero que quien se inspira sólo en una o en otra no dispone de la clave resolutive para los problemas de hoy, pues bien, afirmando todo eso, ¿qué hace Gorbachov sino plantear la exigencia de una nueva historia común, europea y mundial, que recoleque las revoluciones del pasado, que no contraponga ya a Occidente y a Oriente, que dé nuevo impulso al proceso de democratización y a los ideales socialistas?

¿Y cuál es, cuál debe ser, ante este intento de envergadura histórica, nuestra tarea, la tarea de toda fuerza socialista y democrática?

Esperamos que Gorbachov salga adelante, que la *perestroika* salga adelante. Las dificultades que se desprenden del último Pleno del PCUS sobre la agricultura y que por lo demás había tenido la oportunidad de conocer directamente en mi reciente viaje a Moscú, son serias y profundas, y requieren, como está ya claro, no sólo una renovación, una democratización política y económica, sino también una verdadera y propia transformación de los órdenes sociales y de poder hoy existentes.

Esperamos el buen resultado de la *perestroika* para los pueblos soviéticos que deben ser conducidos hacia un desarrollo democrático, lo esperamos en bien de las expectativas de todas las fuerzas de progreso que operan a escala mundial. Pero no es suficiente esperar: es necesario que las fuerzas de progreso europeas y mundiales sepan y quieran hacer hasta el fondo su parte para favorecer aquel proceso de democratización, contribuyendo también de tal manera, a liberar nuevas energías en todo el Este europeo.

Estamos desde hace años comprometidos sin reservas y sin ambigüedades a contribuir a la renovación y al relanzamiento de la izquierda democrática y socialista en Europa occidental. Esto pretendemos al hablar de las perspectivas de una nueva izquierda europea, habiendo afirmado ya sentirnos parte integrante de la misma.

No se nos puede atribuir la ingenuidad o la tosca argucia de poner en el mismo plano las relaciones entre fuerzas que operan en sistemas políticos pluripartidistas y que se mueven en el interior del proceso de integración en la Comunidad Europea, y las relaciones entre estas fuerzas y los partidos del Este. Mantenemos bien nítida esta distinción y, al mismo tiempo, queremos desarrollar de la manera más abierta y rica una política de diálogo y de colaboración —sobre bases de plena y recíproca autonomía— con el partido de Mijail Gorbachov, con otros partidos comunistas comprometidos en la democratización de los países que gobiernan, con fuerzas renovadoras que en otros países todavía combaten contra pesadas resistencias, por abrir el camino a nuevos desarrollos en sentido democrático y pluralista, enlazando a menudo con experiencias y valores del movimiento obrero occidental y de la izquierda en Occidente.

Nuestro claro y firme anclaje en estas experiencias y en estos valores, nuestro compromiso a actuar por el máximo de unidad entre las fuerzas de esta izquierda, no puede significar atrincheramiento y cerrazón, sino que significa —para nosotros como para los mayores partidos socialistas y socialdemócratas europeos— voluntad de actuar de acuerdo más allá del área de la Comunidad Europea y de Europa occidental para fines de desarrollo más general de los procesos de democratización, de cooperación, de paz.

No faltan, por lo demás, señales interesantes, aunque sea en una situación dominada por fuertes dificultades. No faltan, por ejemplo, en Hungría y en Polonia. Quedan situaciones de cerrado inmovilismo, como es hoy, lamentablemente, la rumana. Y existe una situación, como la checoslovaca, donde una herida debe ser curada. Recuerdo con emoción el abrazo mío y de Natta a Alexander Dubcek: militante comunista y militante democrático. Recuerdo el abrazo de Longo al líder checoslovaco, recuerdo las grandes esperanzas de hace veinte años y digo que se debe restituir el honor político a Dubcek, y no sólo a él, sino a toda la experiencia de la Primavera de Praga.

VI. Un cambio de fase en la historia política del país: el nexo entre alternativa programática y reforma del sistema político en su conjunto. La política reformadora puede vencer las reacciones conservadoras

Los principios de la democracia como vía del socialismo y de la no violencia, la estrategia del reformismo fuerte, son las ideas fundamentales

que prefiguran y determinan ya una renovada identidad del partido comunista italiano.

En los Congresos de Sección y Provinciales, la inmensa mayoría de los delegados ha aprobado un documento que tiene en su centro estas ideas-guía. La de un reformismo fuerte que, detectando las contradicciones de fondo del actual desarrollo económico, social e institucional, sepa intervenir con propuestas e instrumentos concretos, graduales, capaces sin embargo de provocar reacciones en cadena, de tal manera que produzcan no simples ajustes sino incisivas transformaciones.

Y la de una democracia que, gobernando efectivamente, proporcione respuestas nuevas a las contradicciones que, poco a poco, emergen en el cuerpo mismo de la sociedad.

De tal manera, el principio democrático asume un claro valor programático. Representa un concreto programa político. Y nuestro compromiso socialista ya no reenvía a un proyecto a realizarse en otro momento de la historia. Ya no se ve constreñido a separar el momento de la batalla por la democracia del de la realización de objetivos de emancipación. Antes, al contrario, la batalla por la democracia, por la afirmación plena e integral de los derechos de ciudadanía, por un Estado que garantice al ciudadano no sólo frente a las intrusiones del Estado mismo, sino también frente a las arbitrariedades, manipulaciones, intervenciones opresivas por parte de los otros poderes que existen en la sociedad..., esta batalla es en sí, *por sus contenidos, portadora de los gérmenes de una sociedad renovada y de un Estado que sea de verdad de los ciudadanos.*

Nuestras más recientes opciones han resultado por tanto, también de una reflexión sobre la experiencia de solidaridad nacional, y sobre la necesidad de resituar la función nacional del PCI, en el marco de una vida política y social del país que ha conocido profundas transformaciones. Y esto a fin de hacer seguir una propuesta positiva y constructiva al simple proceso de desestructuración del viejo sistema político.

Sobre esta base hemos afirmado que la crisis del sistema político es fundamentalmente la crisis de la «democracia consociativa», esto es, de una concepción que ha tenido un influjo determinante sobre la vida política del país y que ha dominado, aun durante el último Congreso, el pensamiento y la acción política de la DC. Me refiero a esa particular concepción que ha visto en la agregación política al centro, dentro de la llamada área democrática, de la que la propia DC se consideraba el eje inamovible, la respuesta más equilibrada y la única sostenible a las fuertes presiones sociales y políticas que se han manifestado en el escenario italiano en los últimos cuarenta años.

.....

Pero es precisamente esa fase de nuestra historia política la que ha llegado de todas formas al agotamiento, y hace falta abrir hoy con decisión la fase de las alternativas programáticas. Es necesario en sustancia superar el equilibrio político fundado en la centralidad democristiana que, en lugar de inducir a las clases, a los grupos, a los individuos, a medirse con el interés general, y por tanto con la exigencia del gobierno del desarrollo de la sociedad, y de las contradicciones que surgen en el curso del proceso mismo, se ha transformado en un potente diafragma que impide la percepción misma del interés general.

Precisamente, considerando todo esto, hemos afirmado que el *pentapartito* representa la manifestación de la crisis del viejo sistema político. El mismo, por otra parte, se propone como respuesta a aquella misma crisis, una respuesta que va en el sentido de la adaptación pasiva a las exigencias que vienen de los poderes más fuertes, según la lógica de los gobiernos débiles.

.....

De aquí deriva el objetivo fundamental: el de construir el campo de la alternativa que, también a la luz de los resultados del Congreso de la DC (como veremos a continuación) no puede sino proponerse el objetivo de realizar una alternativa de Gobierno a las coaliciones que giran en torno a la DC.

Nosotros decimos, por tanto, con gran nitidez, que nuestro objetivo político es el de hacer posible una alternativa programática y de Gobierno a la dirección del país dentro de un nuevo sistema de alternancia (que es obviamente algo completamente distinto de la rotación de fuerzas distintas en la conducción de la misma coalición). Y por ello nosotros hoy, asumiendo la tarea y la responsabilidad de desarrollar una oposición apremiante y resuelta, queremos ser la fuerza política que promueve la superación del estado de cosas existente, que urge para que las demás fuerzas políticas, elevándose sobre las actuales disputas y estériles diletantismos, se hagan conscientes de los grandes problemas que existen ante nosotros.

Nosotros juzgaremos a todas las restantes fuerzas políticas, a la luz de los reales intereses del país, a la luz de sus opciones, de sus comportamientos.

Es a partir de esta posición nuestra, clara y resuelta, desde la que nos dirigimos al conjunto de las fuerzas reformadoras y reformistas, laicas y católicas. Es, en efecto, indispensable ir más allá de las viejas costumbres, posiciones, dejarse a la espalda espacios y papeles garantizados pero ya poco eficaces, para afirmar nuevas prioridades éticas, nuevas distinciones y opciones programáticas.

Pero aquí nos encontramos ante una pregunta crucial: una política reformadora, ¿no acabará por suscitar, inevitablemente, duras réplicas y enconadas reacciones?

.....

La respuesta debe ser encontrada en el interior de la estrategia de la alternativa.

Dos elementos son, a este propósito, esenciales:

1. La alternativa debe apoyarse en una propuesta programática en grado de responder a problemas que no conciernen sólo a las fuerzas que se sienten representadas por los partidos y por los movimientos de la izquierda, quiere dirigirse a un conjunto complejo de aspiraciones y de intereses, a los sectores débiles de la sociedad, a todos aquellos que se sienten penalizados y excluidos, a todas las fuerzas dinámicas del país que se orientan hacia un nuevo gobierno de los procesos de transformación; el campo de la alternativa debe ser articulado, representativo de un amplio arco de fuerzas laicas y católicas.

La misma debe responder también al problema, que recientemente ha planteado el hon. Martinazzoli y sobre el que reflexiona el mismo pensamiento crítico neoliberal, que se hace agudo en las sociedades llamadas de los «dos tercios». En ellas, el mismo principio de mayoría puede conducir al dominio sofocante de los sectores más fuertes sobre los estratos más débiles, sobre las *minorías marginadas y perjudicadas, sobre todos los que ven sus derechos ignorados o conculcados*. Hacer posible la alternativa significa ponerse en condiciones de afrontar también este problema.

2. La alternativa no quiere sustituir la centralidad democristiana con la centralidad de otro partido. Tiene como objetivo el de promover una reforma del Estado que suscite las energías mejores y más vivas de la sociedad civil, y una reforma del sistema político que favorezca la posibilidad de una alternativa en el gobierno del país. La alternativa, por tanto, no persigue y no prefigura un «cambio de régimen», sino que, más bien da fin a la idea de régimen.

En este sentido, interesa a un arco muy amplio de fuerzas sociales, económicas y culturales, que incluso podrán colocarse en vertientes distintas y en concurrencia entre ellas. La alternativa quiere producir una política nueva, que no se agote en la gestión del poder (...).

.....

Por todo ello consideramos que es necesaria una reforma del sistema político que se proponga también una modificación de la Ley Electoral. Pensamos, en efecto, que hoy es indispensable dar al ciudadano la posibilidad de decidir más directamente sobre los programas y sobre los gobiernos. Esto es el núcleo de la reforma del sistema político. Es ésta, en efecto, la vía para romper la parálisis, hacer más transparente la política, promover una efectiva y profunda renovación de los partidos, proporcionar una clara garantía de que la alternativa no producirá un nuevo sistema de poder cristalizado e inamovible.

Hay quien, ante este arco de problemas, ha avanzado o avanza otra propuesta: la de la elección directa del Presidente de la República. No se trata de una propuesta extraña en principio a la lógica y al proceso democrático. No es, sin embargo, serio y puede incluso alimentar sugerencias plebiscitarias, sugerir tales soluciones al margen de una revisión orgánica de todo nuestro orden constitucional, de una redefinición de conjunto de pesos y contrapesos, de la que hoy no vemos las condiciones.

VII. Una concepción renovada del Estado. Romper el unanimismo merlo-dionalista. La necesidad de un resaneamiento reformador para afrontar los problemas de las finanzas públicas

En el centro de nuestra propuesta programática, colocamos la cuestión de la renovación profunda del papel y de las funciones del Estado.

.....

Hemos dicho, y decimos, que el país necesita un Estado que gestione menos y que sea más capaz de proporcionar reglas y orientaciones para una pluralidad de sujetos económicos y sociales, públicos y privados.

De este modo, salimos de la vieja, rancia polémica sobre «más mercado, menos Estado» y cambiamos los términos del problema, afirmando que son necesarios un Estado mejor y un mercado mejor.

.....

El Estado está llamado a sostener en la concurrencia internacional un mercado en muchas de sus partes ya altamente organizado y a ordenarlo a las necesidades de la sociedad. Y esto significa apoyo a la pequeña y mediana empresa, desarrollo de nuevas tecnologías, interés estratégico para el sector agroindustrial, que es esencial también para aliviar nuestro endeudamiento.

Un nuevo papel del Estado es necesario, en particular, en las áreas más débiles del país. Es necesario, ante todo, en el Mediodía.

Nosotros lanzamos una llamada para que se realice un vuelco en la lucha contra los poderes criminales.

.....

Lucharemos para que todo el país se movilice en un esfuerzo extraordinario para un desarrollo fuerte y sano del Mediodía...

.....

En el centro de una acción reformadora debe ser colocada, pues, la radical reforma del Estado y, en particular, de su papel de organizador de los servicios. En la actual situación no es infundado temer una verdadera y propia bancarrota del Estado. Los responsables de esta bancarrota se acusan unos a otros, erigiéndose, simultáneamente, todos juntos, en tutores del rigor que, como suele ocurrir, se presenta con el rostro, veleidoso y unilateral, de un rigorismo que pretende hacer pagar los costes de la fiesta a los que no han participado en ella.

.....

Nosotros, en efecto, no nos retraemos... ante el problema crucial de las cuentas del Estado... Somos nosotros quienes contraponemos a la caótica y miope política de los recortes, una real política de resaneamiento, tanto del lado de los ingresos como del de los gastos.

En el centro de tal política colocamos la cuestión fiscal, y hemos presentado en el Parlamento una propuesta orgánica de reforma que abre el camino a un sistema fiscal más equitativo y eficiente en el único modo posible, que no puede ser el del endurecimiento de la exacción sobre quien ya paga, sino el del ensanchamiento de la base imponible. Una reforma del lado de los ingresos puede permitir, entre otras cosas, ensanchar el frente de los que están interesados en un proceso de resaneamiento del gasto, rompiendo el círculo vicioso que liga una creciente evasión fiscal a la progresiva degradación de los servicios suministrados por el Estado.

Nosotros decimos que es necesario salir del dilema, falso y desorientador, entre más gasto y menos gasto, y que hace falta, en cambio, incidir en la calidad del propio gasto... Es necesaria una reforma de las estructuras y de los mecanismos del Estado Social.

La que nosotros proponemos es una estrategia de reforma que comporte menos burocracia pero más servicios. Naturalmente, afirmando esto, no proponemos, en absoluto, un imposible retorno al pasado, un regreso

a formas de «Estado mínimo». Pensamos ciertamente que, en la gestión de los servicios, se deberá conceder nuevo espacio a las actividades de asociaciones, grupos de asistencia y de voluntariado, y, en ciertos casos, también a la actividad de los particulares, teniendo el Estado la responsabilidad de garantizar la calidad y la finalidad social de los servicios.

Sin embargo, es evidente que una amplia parte de los servicios públicos deberán continuar siendo gestionados por el público. La cuestión es, entonces, la de hacer al público eficiente, introducir en su interior parámetros y mecanismos capaces de medir e imponer la eficiencia, superando así también la tendencia a la duplicación de los servicios, en virtud de la cual el ciudadano paga en sustancia dos veces, la primera al público y la segunda al particular. Para que sea posible recorrer ese camino es decisivo afrontar el nudo constituido por la reforma de la Administración pública. Y en el centro de tal cuestión está el problema de operar una neta distinción entre función pública y servicios públicos, que es sustancialmente la que tiene lugar entre la función de regulación y de control y la de gestión de los servicios.

Tal estrategia reformadora implica también una diferenciación de los status de los empleados públicos y diversos índices de valoración de la productividad del empleo público. La que proponemos es, ciertamente, una vía gradual y no exenta de dificultades. Sin embargo, es la única que puede garantizar una efectiva reforma de la intervención estatal, alejando las amenazas de una crisis vertical e ingobernable. Para reformar el Estado Social es, por otra parte, indispensable tener en cuenta algunas grandes novedades que han ido surgiendo y que imponen redibujar un nuevo marco y nuevos parámetros de garantía en orden al ejercicio de los derechos de ciudadanía. Me refiero a la gran cuestión del desempleo, a los problemas planteados por la emancipación femenina, al *trend (sic)* demográfico que conduce a un continuo aumento de la población anciana, al fenómeno de la inmigración. Y junto a todo esto, es indispensable una auténtica reforma del poder local.

Para el conjunto de tales cuestiones reenvío a nuestra rica elaboración programática: la contenida en el documento del Congreso, la elaborada por la Dependencia de programa, la madurada durante la Conferencia de los trabajadores comunistas y con la Carta de las mujeres, y reenvío a nuestras propuestas de reforma de las autonomías locales sobre sanidad y sobre previsión.

.....

(...) Lanzamos este desafío transformador y nos dirigimos a todas las fuerzas sanas y más consciente del país (...).

.....

(...) Pero semejante responsabilidad puede ser asumida por nosotros solamente si se adopta una política que resane reformando y reforme resanando.

También en este caso, sin embargo, como en todas las grandes cuestiones que se plantean hoy a la política, el factor tiempo es decisivo. Se equivoca quien piense, asistiendo y acaso promoviendo un proceso de descomposición, obtener ventajas del mismo y «heredar el poder».

VIII. El fin de la centralidad democristiana y el nuevo papel de los componentes progresistas de la DC

Pero, ¿cómo responden hoy las fuerzas políticas a esta tarea prioritaria y esencial? Al respecto hace falta, ante todo, decir que el reciente Congreso de la DC ha sido, en cierto sentido, un Congreso clarificador, ha representado el fin de un equívoco (...).

.....

La DC ha llevado a cabo una elección. Y ha llevado a cabo una elección de conservación. De conservación de los tradicionales equilibrios internos, de conservación del Estado actual y del actual modo de ser del sistema político, de conservación social.

La única línea que podía garantizar una renovación real era la de aceptar el desafío de un nuevo sistema político que hiciese posibles alternativas de gobierno. Pero la DC se ha negado...

.....

(...) La DC, para renovarse verdaderamente, debería sentirse protagonista de la construcción del sistema de la alternancia (...).

.....

A estas consideraciones se añade otra de fundamental importancia. Un sistema de alternancia en la dirección del Gobierno, no asigna necesariamente a la DC un papel de derecha conservadora (...).

.....

(...) En nuestro documento del Congreso, decimos que la alternativa implica una recolocación estratégica de todas las fuerzas de progreso y

que las diferenciaciones entre derecha e izquierda, entre conservación y progreso están destinadas a atravesar las actuales formaciones, y a dar vida a nuevos agregados de mayoría y nuevos agregados de oposición.

IX. Nuevas relaciones entre todo el sistema político italiano y la Iglesia. El fin del colateralismo. El catolicismo democrático y la construcción de una alianza reformadora entre las fuerzas de progreso laicas y católicas

En el marco de este proceso miramos con particular interés y atención al área católica, a los católicos, a sus organizaciones. Ahora más que nunca la DC ya no es el único partido que puede legítimamente aspirar al consenso católico. Se vuelve a plantear, pues, en términos nuevos y más acuciantes la cuestión de la unidad política de los católicos. Los católicos serán llevados cada vez más a tener distintos puntos de referencia política. Diversas sensibilidades ya presentes en el mundo católico, tendrán referencias políticas diversas.

El final de todo colateralismo comporta también una relación nueva de todo el sistema político italiano con la Iglesia y con el conjunto de las organizaciones católicas. Y en este sentido, en lo que nos concierne, deseamos fervientemente que sea posible en la recíproca distinción de papeles, colaborar cada vez más intensamente en grandes cuestiones de interés común, colaborar a la afirmación de una lógica solidaridad contra los múltiples y potentes impulsos a la marginación y las manifestaciones de violencia, presentes en nuestra sociedad.

.....

Pensamos, pues, que es necesario siempre un recíproco respeto, incluso donde las posiciones son diferentes y que son posibles importantes convergencias sobre los complejos problemas relativos a los derechos humanos, una de las máximas cuestiones de nuestros años, sobre la decisiva obra de moralización de la vida pública, sobre la valoración de las múltiples formas de voluntariado (...).

.....

Por lo que se refiere al Concordato, repetimos que su misma estructura abierta, podría consentir una mayor flexibilidad y un diálogo entre la Iglesia, las instituciones del Estado y la sociedad, garantizando, por lo tanto, una mejor sintonía con los procesos evolutivos de la sociedad misma.

Para que tales potencialidades puedan traducirse en realidades, sin embargo, es indispensable que no haya infracciones por parte de nadie.

Y, por el contrario, han existido y existen, por desgracia, en lo que concierne a la enseñanza de la hora de religión. Y de esto atribuimos la responsabilidad principal al Gobierno y a sectores de la DC y del PSI.

Nuestra posición al respecto ha sido, en cambio, clara y constructiva. Ha sido la de salvaguardar una coherente aplicación de los acuerdos, garantizando el respeto integral de los mismos, comprendido el principio del carácter facultativo. El reciente pronunciamiento del Tribunal Constitucional confirma de lleno el acierto de nuestra posición y solicita una pronta modificación del «entendimiento» para una solución equilibrada y respetuosa con los derechos de todos. Lo decimos con preocupación: nos parece irresponsable pudrir, o convertir en insolubles, con posiciones unilaterales, situaciones que pueden provocar dinámicas negativas entre Estado e Iglesia.

También en relación con tales posturas, se ha reabierto, en el país, un debate sobre la validez del mismo instrumento concordatario (...).

.....

Tal reflexión, que es legítima y que es interna a un nuevo horizonte de investigación, parte del presupuesto, sostenido siempre por nosotros, de que el Concordato no es una cuestión de principios, sino una forma históricamente determinada de regulación de la convivencia de dos instituciones en un mismo territorio y que, por tanto, la misma maduración cultural y política puede llevar a una evolución que disminuya cada vez más los elementos pactados para hacer prevalecer el recíproco y espontáneo respeto de libertades, derechos y funciones. Nosotros por ello seguimos y continuaremos siguiendo con sincero interés aquella reflexión, estando sin embargo firmemente convencidos de que cualquier discurso sobre la modificación o con mayor razón, sobre la superación del Concordato, reviste una cuestión, la de las relaciones entre Estado e Iglesia, que ha marcado toda la historia de nuestro Estado unitario, y puede por ello desarrollarse sólo a través de un proceso de maduración y de diálogo entre sociedad religiosa y sociedad civil, entre creyentes y no creyentes.

Y por esto, es un discurso que no puede discurrir con visiones o todavía menos con actos unilaterales. Precisamente en consideración de todo eso no hemos querido plantear en el terreno político el problema de la revisión del Concordato. Y conscientes de la importancia de un proceso de convergencia entre creyentes y no creyentes, invitamos a todos a no promover una dinámica de recíproco endurecimiento de consecuencias incalculables. Nosotros esto no lo queremos...

En el conjunto del área católica, detectamos las señales de una realidad en movimiento, de un fuerte y creciente compromiso de las organi-

zaciones católicas en la sociedad. Estamos atentos a los recorridos de un catolicismo democrático que está hoy en actitud de búsqueda...

El sucesivo y consiguiente atisbo de tal proceso, podría ser el de la construcción de una política de alternativa y quizás de una nueva alianza política democrática, popular y reformadora, en posición para unificar, también de modo articulado, todas las corrientes de progreso laicas y católicas. Esta misma hipótesis nos dice que en Italia la recomposición de todas las fuerzas de progreso no advendrá recorriendo hacia atrás, hacia la fuente, el curso de los ríos y arroyuelos del intrincado delta de la izquierda italiana, sino que seguirá vías nuevas e inexploradas, responderá a problemas inéditos, se encontrará también con fuerzas, experiencias, luchas que no son expresión directa de ninguna de las tradiciones en presencia. La tarea de cada uno de nosotros será la de no imponer orgullosas y abusivas hegemonías, sino operar con la humildad, la serenidad, la paciencia de la matrona para favorecer la generación de nuevas experiencias, el alumbramiento de una nueva fuerza política, para que pueda de verdad florecer algo nuevo.

X. Los comunistas trabajan seriamente para la unidad entre socialistas y comunistas y las fuerzas reformadoras. El objetivo perseguido debe ser el de la alternativa

También, por lo que respecta a las relaciones con el PSI toda nuestra reciente política se ha movido en esta óptica: la de promover una unidad reformadora cada vez más amplia y coherente. Y esto, por lo demás, nos ha sido reconocido a menudo.

Nosotros no hemos escogido objetivos de lucha con la intención de crear distancia entre nosotros y los socialistas. No se puede decir lo mismo por lo que se refiere al PSI. Y después de haber constatado que raramente, bastante raramente, se suscitaba por parte socialista un problema en torno al cual fuera posible suscitar la unidad, o aunque fuera sólo la esperanza de todas las fuerzas reformistas o reformadoras, hemos solicitado que se señalase, al menos, una sola cuestión sobre la que esta convergencia fuera posible.

.....

Nosotros no hemos condicionado la investigación de tales convergencias programáticas a una colocación distinta del PSI respecto del Gobierno. Nuestra postura en las relaciones con el PSI ha sido, por lo tanto, políticamente abierta y unitaria (...). Hemos acogido siempre con gran aten-

ción cualquier referencia que se moviera en la dirección de la unidad con el PSI sobre opciones reformadoras.

Las respuestas alcanzadas por parte socialista, a nuestra iniciativa unitaria han sido inciertas y contradictorias. Sin embargo, insistimos. Lo único que es necesario hacer es trabajar seriamente en la unidad y en la renovación de las fuerzas reformadoras. Y el único modo para hacerlo es el de proceder a la verificación de la seriedad de los compromisos programáticos. La única unidad de medida posible es la de la coherencia reformadora.

Este es el espacio de nuestra disponibilidad. Y es un espacio amplio. Se debe más bien reflexionar (y esta reflexión histórico-política puede, efectivamente, favorecer una reforma de la política así como la alternativa) sobre la relación de Gobierno entre la DC y el PSI, que dura ya 30 años, y el agotamiento de la política en cuyo marco aquella relación ha crecido.

Si no se deshace este nudo, no se pueden acelerar los plazos de la unidad y no se pueden despejar las desconfianzas. Si en el centro de la hipótesis socialista continúa una simple política de desestructuración dirigida a buscar una hegemonía en el interior del viejo sistema consociativo, no se progresará un solo paso. En efecto, el PSI se verá constantemente empujado a buscar las razones de la concurrencia y de la división, en perjuicio de las de unidad. Se nos introduce así en una espiral dañina a toda la izquierda, porque tal política no puede sino suscitar renovados rencores y motivos de división, está destinada a alejar la solución de los problemas del país.

Por esto, ante las promesas de unificación para el 1992, hemos respondido con un desafío que no se refiere a los plazos, sino al método y a la dirección a seguir. Hemos respondido en sustancia: ¿se quiere de verdad trabajar por la superación de las divisiones?, ¿se quiere de verdad trabajar por una recomposición unitaria de la izquierda? Bien, decimos que se ha recorrido mucho camino por lo que concierne al pasado. El problema está constituido más bien por las divisiones del presente.

Si se quiere llegar juntos a una cita, no se puede emprender la dirección opuesta a la de la misma cita. Por esto hemos indicado un objetivo más próximo: la cita de la alternativa; y por esto decimos: es el momento de la alternativa, de una alternativa a realizarse con una rica y articulada pluralidad de fuerzas renovadoras.

Es necesario, pues, comenzar a hablar este lenguaje, que no es el de la recriminación y la retorsión, si se quiere verdaderamente dar algún paso adelante.

Pero sobre todo, el lenguaje no puede ser el del pretexto. Y también a este propósito quiero decir una cosa muy simple y franca.

Es, en efecto, completamente evidente, incluso por lo que ha afirmado Craxi en su reciente conferencia de prensa televisiva, que, por parte socialista, se ha querido sacar punta de una frase jamás pronunciada, aparecida, además, en una entrevista jamás concedida, para mostrar una especie de contrariedad política más general, para suscitar problemas de naturaleza política que conciernen al significado de nuestras iniciativas internacionales autónomas. Pero entonces habría sido mucho más justo y oportuno afrontar y discutir de manera explícita y abierta aquellos problemas políticos, sin recelos y retiros espectaculares. Y, ¿de que cuestión se ha tratado? ¿Se han enojado por el hecho de que nosotros hablamos con Gorbachov y también con los socialdemócratas europeos? ¿Pero quién de nosotros se ha permitido nunca contestar los movimientos y los encuentros internacionales de Craxi en cuanto tales? Para nosotros lo que cuenta es valorar con los demás los objetivos de paz y de cooperación que inspiran tales encuentros. Y por lo que nos concierne, lo que cuenta es haber hablado el mismo lenguaje a Gorbachov y a Willy Brandt.

Pero permitidme también añadir que en el juicio sobre el PCI, sería oportuno y aconsejable un poco más de moderación. Hace algunos meses, se nos describía como un partido en declive, profundamente desgarrado en su interior y humillado por las derrotas electorales; ahora, inesperadamente, nos creemos el ombligo del mundo.

La verdad es más simple: nosotros no nos sentimos el ombligo del mundo, no, pero no nos sentimos tampoco humillados, no estamos desgarrados en nuestro interior, y trabajamos con confianza, con pasión, con el coraje necesario para nuestra recuperación. Esto somos y por esto, aunque no se esté de acuerdo con nosotros, debemos ser respetados y nos haremos respetar.

Ciertamente, estamos movidos por ambiciones justas. En primer lugar, la de desarrollar un papel positivo en colaboración con todas las fuerzas reformadoras e innovadoras, sean del Este o del Oeste. Sólo quien se sintiera de verdad, sin serlo, el ombligo del mundo, podría pensar tener el derecho de poner en discusión esta nuestra legítima ambición.

He aquí que entonces emerge el verdadero problema; y el verdadero problema es que se teme no a la cerrazón, al sectarismo del PCI, sino antes al contrario, a su política de apertura (...). ¿Existe la preocupación, quizá, de que una «excesiva» unidad entre el PCI y PSI en las elecciones europeas comprometa o contradiga el restringido consociativismo concurrencial a nivel nacional?

.....

Las dudas de otros no frenarán de todas formas nuestro empeño, que será aún más decidido y límpido, para dar a la alternativa capacidad

de atracción y fuerza propulsiva, para traer a colación todas las energías, que son tantas, que están dispuestas para esta perspectiva.

Dentro de esta lógica nos dirigimos también a las demás fuerzas políticas (...).

.....

Pero la llamada que hacemos hace referencia a un arco de fuerzas que va más allá de los partidos políticos.

XI. La batalla por la expansión de los derechos democráticos. La función del mundo del trabajo. La asunción real de la diferencia de sexos nos sitúa ante grandes problemas de coherencia, ante todo programática. Un gran movimiento para el renacimiento de la escuela, de la Universidad, de la investigación

.....

(...) En los hechos, en las luchas, en la acción política y parlamentaria, queremos verdaderamente fundar una nueva carta de derechos.

Precisamente, el haber descuidado la dimensión de los derechos nos había hecho a veces débiles, o incluso ausentes, ante los conflictos graves (...).

.....

(...) En el centro de nuestra atención están el hombre y el ciudadano, para conquistar la más amplia «ciudadanía social», que hoy corre el riesgo de serles negada en cualquier momento. La acción por los derechos se hace así un fuerte instrumento de lucha y la señal de un proyecto político verdaderamente alternativo.

.....

(...) La cuestión central, de la que habrá que ocuparse con todas las fuerzas, es la del control de los trabajadores sobre las decisiones y sobre las condiciones de trabajo.

El empeño por el respeto de los derechos de los trabajadores en la fábrica, por reconstruir un poder contractual y de control de los trabajadores es un objetivo de decisivo valor democrático. Es un objetivo que no con-

cierno sólo a los obreros, sino también a los empleados, a los técnicos, a los directores, a los cuadros (...).

.....

En el centro de nuestra perspectiva no podemos dejar de colocar el tema, de envergadura europea, de la disminución del horario de trabajo, entendido como gran reforma de conjunto del modo de producción, con el objetivo de trabajar de distinta manera, para trabajar todos.

.....

(...) He aquí por qué nos empeñamos en una nueva regulación de los derechos y de los poderes, en un nuevo estatuto de los derechos de los trabajadores. Todo esto lo hacemos en nombre de una nueva unidad del mundo del trabajo, de sus múltiples articulaciones y figuras.

Queremos de esta manera contribuir también a un papel nuevo y más incisivo del sindicato. Siendo conscientes del hecho de que autonomía y democracia sindical van paralelas, pretendemos, sobre esta base, construir una relación positiva con el conjunto del mundo sindical. Y con esto queremos también proporcionar una indicación a todos nuestros militantes, al conjunto de nuestras organizaciones: la batalla del trabajo dependiente, la batalla por el trabajo debe volver a ser central.

Queremos luchar para que todo trabajador sea más dueño del propio trabajo, y para que se pueda expresar una nueva función general de la clase obrera y del mundo del trabajo a través de una política reformadora y de alternativa.

.....

La asunción efectiva de la diferencia femenina, como prisma a través del cual mirar el conjunto de la organización social, nos coloca ante la primera y más importante coherencia, en la cual todos seremos puestos a prueba, a fin de que no se resuelva en una mera postura formal (...). Esto quiere decir que deberemos luchar por el pleno y efectivo reconocimiento social de la diferencia de sexo en el trabajo, por el enriquecimiento de todas las relaciones humanas y sociales, por la reorganización de toda la sociedad, a partir de la cuestión central de los horarios y de los períodos de trabajo, por una radical modificación de los estilos de vida, de comportamiento, de compatibilidad del desarrollo.

Al mismo tiempo, nos dirigimos a la realidad de las mujeres, a esa gran fuerza que crece con el movimiento de modernización, con la conciencia de que tal movimiento puede ser el verdadero fulcro de la nueva era de las revoluciones no violentas, precisamente, porque es una fuerza

que es al mismo tiempo sujeto activo del proceso de modernización y fuerza radicalmente crítica respecto de los resultados espontáneos de éste.

.....

(...) Las mujeres combaten batallas de justicia, de libertad, de solidaridad. Batallas... por la efectiva superación del drama social y humano del aborto.

Respetamos plenamente el derecho a la objeción de conciencia de los médicos. Lo respetamos, cuando es auténtico...

En todo caso, la tutela de ese derecho no puede conculcar la de otro: el derecho de las mujeres a la salud y a la elección. Defendemos el principio de autodeterminación de la mujer...

.....

De todas formas, a las mujeres les esperan muchas batallas para contestar las políticas moderadas que, como han denunciado las mujeres de los partidos de la izquierda europea, han tendido y tienden a obstaculizar la afirmación de la fuerza femenina.

.....

Queremos, en fin, suscitar un gran movimiento para el renacimiento de la escuela, de la Universidad, de la investigación. Como siempre ocurre en la historia de las naciones, la decadencia del Estado ha producido una decadencia de las instituciones culturales. Y es por otra parte cierto que una reforma del Estado y de la política será posible sólo con el concurso de las fuerzas culturales y científicas.

.....

XII. La propuesta del gobierno en la sombra. El nuevo PCI con las nuevas generaciones

.....

(...) Me urge aquí mencionar una novedad de notable relieve político que sintetiza y da cuerpo a nuestras nuevas orientaciones.

Pensamos instituir un organismo que tenga los caracteres de lo que en otros países se llama gobierno en la sombra. La novedad sustancial

está en el hecho de que tal propuesta es completamente orgánica, con la visión precedentemente ilustrada, que supone una concepción renovada del Estado, de sus funciones, de sus relaciones con los ciudadanos y con los partidos. Se inscribe, pues, en el discurso general sobre la renovación del sistema político.

Del mismo modo que afirmamos, en general, que hace falta distinguir la función de gobierno y la función de proyectar de los partidos, pensamos también que los mismos partidos deben, en su modo de organizarse, distinguir la función de elaboración de propuestas programáticas y de gobierno (a corto plazo y de legislatura) de la tarea de definir posiciones políticas, de elaborar proyectos, de suscitar movimientos, en estrecha relación con las tensiones más profundas de la sociedad, con el conjunto de las propuestas y de los movimientos que la atraviesen (...).

[El gobierno en la sombra] (...) no quiere prefigurar el gobierno de mañana, sino que debe dar cuerpo, concreción, a nuestra alternativa programática. Con él queremos hacer cada vez más incisiva nuestra oposición y cada vez más concreto el carácter alternativo de nuestras iniciativas políticas. Y queremos afirmar claras responsabilidades de control y de contrapropuesta respecto a las opciones del gobierno y sus ministros. Por ello deberán formar parte del gobierno en la sombra dirigentes políticos de nuestro partido e intelectuales, especialistas, inscritos en nuestro partido, pero también independientes. Este es uno de los signos que indican cómo queremos construir el nuevo partido comunista.

.....

Así queremos dar vida al verdadero partido reformador moderno. El partido que promueve la alternativa democrática, para Italia y para Europa.

Un partido abierto, de programa, capaz de constante iniciativa política.

Un partido de masas y de opinión.

Un partido cada vez más de jóvenes y de los jóvenes.

.....

(...) Esos jóvenes hoy decepcionados por una política débil que deja espacio a la difusión efímera del individualismo y a los mitos perversos del trepador y del super hombre...

Nosotros queremos, en cambio, ser el partido en el que se expresa el ímpetu juvenil, el gusto por la vida de los jóvenes, su esperanza en un futuro distinto, en el que se expresa la voluntad de los jóvenes de ser protagonistas del nuevo mundo multirracial, abierto a los numerosos jóvenes que vienen y que vendrán a nuestro país, a buscar trabajo y a construir su

vida, del mundo supranacional, del mundo único. Un mundo no dominado ya por la lucha, sino por la solidaridad.

Si esta voluntad, que está con seguridad presente en el ánimo de cualquier joven que viva sobre este nuestro planeta, encuentra el modo de expresarse, si todas estas voluntades consiguen unirse, representarán una fuerza invencible de transformación de este mundo.

.....

Compañeras y compañeros, esto, pues, somos.

.....

Una fuerza que se ha forjado en la Resistencia. Una fuerza que ve confirmada las novedades de los tiempos, su inspiración.

.....

Hay alguno que ha pensado que todo esto debería traducirse en el cambio de nuestro nombre... La propuesta del cambio del nombre de un partido podría incluso ser una cosa seria, muy seria.

.....

Pero hoy no nos encontramos todavía ante nada de esto. El nombre que llevamos no evoca sólo una historia, sino que remite también a un futuro...

Y entonces decimos que no se comprende por qué habríamos de cambiar de nombre. El nuestro ha sido y es un nombre glorioso que se respeta.

.....

(...) Continuaremos siempre luchando por la idea grande, clara, simple y positiva según la cual el hombre, cada hombre y cada mujer, la humanidad en su conjunto, saben y pueden vivir en la justicia y en la libertad.

Son estos ideales, y no sólo la unidad sobre los programas, son estos valores, los que fundamentan la unidad de nuestro partido. Este es el horizonte de nuestra política, de nuestro reformismo fuerte (...).

.....

Compañeros,

Aquí estamos, pues, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra energía, con la voluntad de servir a una Italia mejor.

Indicamos el camino de la confianza y de la unidad de todas las fuerzas reformadoras.

Es el momento de la alternativa.

Es la hora del nuevo PCI.

Nuestro, vuestro esfuerzo, no será vano: rubricará la reanudación del PCI, para Italia, para Europa, para el «socialismo».